

ECOS DE LA PALABRA

Parábola de la paciencia

Reflexiones sobre el evangelio de Mateo 13, 24-43 (XVI Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo A)



Mito o leyenda, dicen que una de las excentricidades del desaparecido cantante Michael Jackson era tener una cámara hiperbárica para mantenerse alejado de cualquier contaminación de virus, gérmenes, etc. Con esta medida, que me imagino también tenía alguna finalidad estética, buscaba protegerse de las amenazas del mundo y mantener para sí un ambiente incontaminado y puro.

A diferencia del “rey del Pop”, el Reino de Dios y los discípulos de Jesús, lejos de vivir aislados, estamos llamados a vivir en medio de la realidad, rodeados de los éxitos y de los fracasos de la humanidad, rodeados de la fortaleza de unos y de la debilidad de otros. El Reino no acontece en un medio aséptico acontece en la vida y en la historia.

La parábola del trigo y la cizaña entraña una profunda lección de realismo: aceptar vivir en un mundo en el que coexisten la bondad y la maldad, el acierto y el error. A veces esto nos resulta tan duro que caemos en la tentación de querer hacer justicia a la ligera y por nuestra propia mano: ***jarranquemos la cizaña!*** Jesús hablaba a las personas que, llenas de esta impaciencia, se preguntan: ¿Por qué tanta maldad? ¿Qué espera Dios para acabar con los que infringen tanto dolor a la humanidad? ¿Por qué se permite el triunfo de los corruptos y los malvados?

Pero Jesús calma nuestras impaciencias y nos invita a discernir, a tener una mente lúcida y un corazón sereno antes de tomar cualquier decisión. Una decisión tomada a la ligera puede echar por tierra proyectos cargados de vida, proyectos de humanidad. Cuando no discernimos nos convertimos en jueces de los demás: *Aquí, las personas decentes; allí, los irreuperables*. Es peligroso caer en la tentación de querer formar un hermoso campo de trigo donde solo entren los que “nos consideramos buenos”. Darle rienda suelta a esta actitud elitista puede generar actitudes tan poco evangélicas como la exclusión y la acepción de personas. En cristiano no caben expresiones tales como “Es una pena que haya tanta gente mala en el mundo; lo menos que podemos hacer es limpiar nuestro terreno, vivir entre verdaderos creyentes, entre gente limpia y bien educada”. Soñar una iglesia de puros, de comunidades y familias puras donde los que no se ajustan a ese criterio son echados fuera no es real y no es evangélico.

Al apresurarnos a echar fuera los “elementos malos” podemos convertirnos en una secta: nada más que voluntarios y gente selecta, nada más que los que se conforman con las reglas; nada de desviados, nada de débiles, nada de medio convencidos. Existen ciertamente grupos homogéneos que son fervorosos, heroicos: es el caso típico de los comienzos de las órdenes religiosas. Pero hay otros muchos mundillos de escogidos contaminados por el orgullo del buen trigo que detestan la cizaña porque ellos se creen los perfectos.

Jesús ve a su Iglesia de un modo muy distinto. Un pueblo de amplia acogida y de paciencia, un pueblo de gente bonita y de gente fea. Un pueblo de humildad y de esperanza.

Humildad. ¿Quién eres tú para eliminar la cizaña? ¿Te crees campo de trigo? ¿Por qué no? Pero un campo mezclado. Mira tu corazón y tus hechos; así tolerarás mejor que los otros en el mundo y a tu alrededor sean también una mezcla sagrada.

Esperanza. Esa mezcla es una esperanza. Nadie es enteramente puro, pero tampoco hay nadie que sea enteramente malo. Todos podemos ir evolucionando positivamente, ¡gracias a Dios! Cuando se nos acepta pacientemente con nuestras taras, guardamos cierta esperanza de mejorar. Y cuando somos nosotros los que aceptamos la cizaña, seguimos en contacto con ellos y podemos ayudarles a convertirse en trigo. Esta parábola de la paciencia es una maravillosa parábola del progreso.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona